

Verbario
de **varia hoguera**

Roberto López Moreno

Primera Parte

¿CÓMO empezarnos a decir el rostro
para no seguirnos golpeando contra las paredes?
¿Cuál es el lenguaje capaz de dibujar el cuerpo
Aterido entre el hoy la memoria?
¿Existirán los verbos calvos como la imagen
en la que desnudamos la risa a cada paso,
el confort con el que se mienten a así mismas
las buenas acciones?
Yo tuve una vez una extensa red de venas;
yo la tuve,
pero no fue siempre mía la dirección de los latidos,
podríamos decir que casi nunca.
Palos de ciego los que han de dar la tinta y la saliva.
El cuerpo aterido entre el hoy la memoria,
y no hay hoy,
todo es memoria,
desde donde miramos los ojos de mañana,
lo único cierto por cierto,
lo único asible en su inasible juego
porque es abarcarlo todo
sin tener más que el proyecto entre las manos;
esa ha de ser,
esa es la forma de los todos,
semiótica del éter.
¿De cuántos adioses somas suma?
¿Cuántos son los cadáveres transidos
para darnos la aorta de la que estamos colgando?
Nuestra presencia es un breve signo de interrogación.

NUESTRA vida viene de la enfermedad que nos produce vida,
el pathos de los silencios.

¿Qué somos si no todo; polvito en el espacio?

TOMAR el libro de los mayores

es un acto de amor,

faltarse así el respeto

es quererlos tanto,

es plagiarlos, saquearlos.

Podría decir:

Es odiarlos tan profundamente

Podría decir:

hasta el amor más puro

Sagrado amor es este

que hace crecer el libro de los mayores.

MIRA Glauco, mira, como estrida el planeta
sacudido por su propia fuerza,
y ahí estamos
hechos nudo y angustia y estridencia.
Ahí estarás también, lenguaje que buscamos,
el que hacemos para medirnos la bramura
de este océano bravío,
mientras somos los somas de la espuma.

LA luz se vicia de tanto caminar el día
y ennegrece,
ennegrece profunda, hondamente,
después del hecho nocturno ¿Qué más
puede asombrar a los ojos mortales?
sólo el verbo contendrá y dará
su vuelo a la sangre entigrecida.
El verbo es rojo,
como el gallo que se incendia entre las sombras.
A veces me duelo tanto de no encontrar mi eco,
el reflejo de la palabra que me establezca
sobre el día
(sólo una forma de la forma no complementa el verso,
lo deja cojo y manco de su poligonía).
No me captura el eco,
y mientras,
en el fondo del espejo contemplo indefensamente
cómo se rebalsa el tiempo.

JOROBADO, cojo y bizco, carnada de la burla,
el día ha de salvar al día,
con la palabra sólo, sal celeste.
Y es que el sonido se hace metal y puño firme
y hay que hacerlo de prisa;
por eso me duelo tanto por mi eco, el reflejo
de la palabra que me establezca sobre el día.
Sera acomodar las rabias en la mitad del pecho
y hacerlas que me hieran,
que vivan su oración redonda,
sujeto y predicado militando por el amor y el odio.
Está bien que el tiempo haga industrias contra el cuerpo,
pero el sonido constituye entonces
otra expresión para la permanencia.
¿Por qué permanecer?
¿Para qué?
Me respondo mientras piso la sombra de las parras.

ESTAMOS, ahora, en la gracia,
la alegría, la locura de vivir,
la memoria ha sido hecha
por la locura.

AMOR mío, ¿encontraste la lengua para el habla?

Ah, cuando hablas sobre la piel despierta.

¿Desde dónde nos viene el desconcierto?

Cuántas preguntas para contestarnos ríos.

Qué corta es la edad para el suspiro

y la entrega,

el padre que regresa a casa

encuentra su hija preñada por el falo de Dios,

monta en ira y la arroja

a la nunca sola soledad del mar,

quizá porque el amor de carne

no debiera ser tocado por los dioses, mácula de éter.

¡Silicios y claustros, al mar!

Pero olvídate de Dios,

fiera de fiebre entre sábanas;

olvídate de escoyos para el alma y sé

de alma completa y célula vibrante,

déjate coger por la brama del tiempo,

purifícate,

coge tú las uvas, el llamear de las eras

que de carne te han formado,

Vamos a sernos, a darnos, a venirnos

hasta el limpio corazón de la llama.

HAGAMOS de la vida móvil corriente de sensualidades

La barca, la barca de Anacreonte para la travesía,

la brújula del astro disparada

a las más inaccesibles direcciones

de aquesta ortografía que nos reúna,

que nos reintegre en el darnos armoniosamente.

Dentro del rayo del amor se encuentra el acto

y en él

tú eres la heroína verdadera,

y en él

somos el himno a los héroes propiciado

¿podemos darle más al sur del día?

EN el pubis de Venus deposito mis venas conjugadas.
Ayúdeme, gramática del sueño, para permanecernos
en el regazo de esta página
vientre de los florecimientos,
de este capítulo sostenido por tu áncora undívaga.
Dame los sustantivos
del deseo que todo vivifica.
Sé la palabra exacta para nombrar el canto y la lujuria
sin la mínima sombra del pecado.
Ayúdame a cambiar el nombre,
si es preciso
ya no amor; que sea violencia, corno bronco,
subversión total,
filo que hiende, golpe que sacude,
diente que maltrata y alza.

TÚ también eres la caña de azúcar
y el zumo del limón,
la canela y la vainilla aéreas.
Mucho de la sustancia terrestre va en tu piel;
de las remotas edades
viene tu aroma de hoja húmeda,
de ola lunar.
Qué sal más sal y miel en tu rumor
de muslos enterados del mundo,
seda de su idioma redondo
describiendo las ondas de mi tacto.
Qué olor a caña y limón reivindica este celo
en la cercanía a tu perímetro justo
junto al que me verás
cuando voltees hacia mi sangre.
Cuánto de planeta está en tus ojos,
misterios, leyendas,
historias que muchos habrán olvidado.
Ah, primavera con sapiencia de
abuelas primaveras,
mi única enfermedad es el sexo de la carne,
su salud,
renovada renovadora.

VINO el mar a la niña
y se le clavó en las piernas.
Es un cielo de peces el recuerdo,
es las humedades de la sal nocturna,
la del sabor que quema.
Vino el mar, copa y espuma,
para un sorbo de su pez en llamas.

AYÚDAME a cambiar el nombre,
si es preciso;
ya no amor; que sea violencia, corno bronco,
subversión total,
filo que hiende, golpe que sacude,
diente que maltrata y alza.
¡Fuego a los timoratos de la carne!
Pero no,
¿por qué más desperdiciar el fuego?
El fuego guardemos
para los hemos de morir como una hoguera.

ESGRAFIADO el sustantivo

(artículos y pronombres apuntan al oriente),

gramats, ponle calificación a lo nombrado,

desígñalo y desígñale,

birílalo con la leyenda de las adjetivaciones,

márcalo con tu dedo

puesto a clasificar las ascuas.

Así la entrega sea el alcohol de la fruta,

la concentración que exalta los sentidos,

que embriaga las formas y sus perceptores.

Adjetivo calificativo, describe, indícanos

cómo la serpiente llevaba una manzana en las mandíbulas

¿era de mal maligno esa serpiente?

(¿o es que no hay maldad que no sea buena?)

¿era del bien por ser tan terrestre nuestra?

Y no era del mal la carnosa manzana,

era deseo, dulce y jugosa, sensual; era

el movimiento de la tierra con su fruto de aire,

la carne y la nube,

la tan muy toda arcilla que vuela,

el barro emplumado que se curva, se ondula en el viento

y que nos está en la mente y en los poros.

DE la palabra noche descríbenos la savia negra,
Venus abre las piernas oscuras
y en la profundidad de secretantes sombras
humedece de rocío las hojas y las mentes,
de ellas se habrá de alimentar el día.
Danos Venus tu aroma de amadora,
tus abismos más hondos.
Bebo Venus tu aroma de amadora;
yazgo inerme en tu aroma entendiendo
que tu clímax es ser todos los climas,
tu estallido universal hablando.

Así establecido este pulso de barro,
gramática incipiente,
acúdenos el verbo, su lóngito motor de agua,
zumo que indica acción o movimiento.
El verbo es largo caballo cristalino,
una breve, rebullida lagartija hidráulica,
cuerpo nervioso, fuerza transparente,
prosélita enredadera de rumores lúbricos.
En el baño Venus, sed de las efervescencias
en este verbo de agua.
Aquí yo quiero ser el verbo mismo,
beber el agua que lamió tu cuerpo
durante el baño,
agua despierta como la sangre,
beber el agua concupiscente para serla bajando
por tu pelo, por tus labios,
deslizándose sobre tus senos combos, tersos,
bajando por tus ingles y por las rodillas,
besando las mínimas vellosidades de tus tobillos
y las uñas de tus pies
con sólo beber el agua que lamió tu cuerpo.
El baño, tu bautizo diario, me vuelve religioso.
El agua que te baña es líquido de Dios...
y lo es del Diablo.
Esa agua curva te electriza
en lo iridiscente que es a
mis sentidos.

CRUZ que chisporrotea de ti,
agua de Nilo y del Grijalva,
agua del mar porque las une a todas
desde sus vastas formas sicalípticas,
amarga y salada, dulcísima agua mar
en donde en ondas se dilata el sexo
construido con la cal de Dios,
si no,
toro tan de tierra
no nadara con dones de eficacia
este océano que bulle centro entero.
Pero quizá no sea,
y la verdad del sexo esté construida
con la astuta garantía del azufre.
En dado caso, caso de amor será, verbo-amor
y es el amor
único cautiverio que puede liberar
y hacernos dueños.

EN la memoria,
en la oscura curva resplandeciente,
descansa un jardín de vegetación dorada.
El orden en aquel patio
estaba a cargo de la naturaleza.
En el centro de la hojarasca desperdigada
dormitaba una fuente de piedra
enverdecida a tramos,
lenguaje de un pasado
que daba la impresión de gran pasado.
Y en la confluencia de las simetrías: la estatua,
breve cuerpo de piedra picoteada
¿por el agua? ¿el microbio? ¿por el tiempo?
La mujer desnuda posa para el niño
y las yerbas del patio solitario.
Aquella tarde, entre sus piernas, resbalaba
una hormiga rojinegra.
Bellos los duros y fríos muslos
de la mujer de la fuente
por donde la contradictoria hormiga
aplica la brasa del movimiento.

AHORA la estatua vuela, vuela
por el cielo nocturno,
se desliza entre el polvo que la envuela,
que le da el movimiento de esta hora,
que la hace sueño para hacerla carne
oh, el salto cualitativo de la piedra.
La estatua vuela al ras del piso,
se arrastra sobre la galaxia más lejana,
reúne sobre desde en ella
las geométricas fuerzas del cosmos;
crece,
crece en la extensión que la diminuta.
La estatua de la fuente de las tardes infantiles
en este momento es expresión de la noche erguida,
carne aérea
mientras, por sus muslos
resbala una hormiga de piedra.

LA flor nace

para romper con pétalos de cadena al aire.

El sexo de la estatua

devorado por las hormigas ávidas

ahora vive, se estremece,

se mueve en cada uno

de los minúsculos cuerpos.

La flor nace

para romper con pétalos la cadena del aire.

Es un hervidero el que recorre

el centro de la piedra.

La piedra hierve.

Algo se estremece en el sexo del universo.

LA rama se balancea en las corrientes del aire.

De pronto el tiempo la troncha
y cae sobre el movimiento del río.

La rama se balancea en las corrientes del agua.

De pronto el tiempo la trunca
y la lleva a los umbrales del poema.

La rama se balancea en las corrientes de la imagen.

De pronto el tiempo...

Y si alguien dudara de la magia
tendría que remitirse hasta el momento
en el que la poesía inventó el cero,
triunfo del ordenador supremo,
metáfora del movimiento.

¿**QUIÉN** inventó el fuego?
¿Quién le arrebató una vena para el hombre?
(Prometeo, Colibrí, hablad, Afrodita)
¿Qué fragmento de nuestras células fue testigo
de la primera lluvia sobre el planeta?
De esa rara mezcla que habrá sido
de gases y verticalidades tibias
tendiendo un velo de irrealidad
y de reales asombros sobre los continentes,
sobre la piel evaporándose de los océanos.
¿Quién después redujo el sol
hasta la punta de un cirio?,
el tigre de su jungla deja un gajo de él
maullido sobre el sofá,
el sistema solar se vuelve
mecánica, minúscula del átomo,
la carne del amor
es el sacudimiento de los universos.

TODO está condicionado y atado
a la azul guirnalda de los relativos;
la araña en su vagancia de patas contra el techo
nos pone de cabeza, ella burla,
y nosotros desde su perspectiva,
la ley de gravedad,
como en su tiempo griego
lo hicieron los senos de Afrodita.
Pasan las eras y los Eros,
la distancia (tiempo-espacio)
impone el lóngito cuerpo de su azul gramática
para cambiar color acento a las sustancias;
la sombra es el eco de los cuerpos,
su oscuro milagro se mueve
con las exactas formas de la vida.

Así, la sombra de Afrodita cruza el mar del tiempo,
verdad que de la luz procede,
toda sombra es hija directa de la luz,
y este cuerpo por la luz vertido convierte
a la diosa en reflejo de sí misma.
Con su reflejo a cuevas la sombra
se coloca una estrella de mar sobre el pecho,
una joya de sal que se hace rosa
hacia los cuatro corredores del viento.
Papyrus. Bumaga. Amatl. Papel testimonial
en cuatro lenguas, es decir,
en los puntos cardinales de la idea.
De ahí, del cruce de las cuatro rutas,
del nudo de los cuatrocientos cantos emplumados,
surge la palabra que mira hacia adentro
para darle isocronía
a los planos de la carne.

EN cada sombra que nos mira
respira uno de los cerrados
párpados del sol.
La sombra es la cara oscura del sol,
su máscara negra,
su manto desluzado.
En esa parte del sol
nos envolvemos para arder,
somos los hijos del sol
prendiendo el fuego
en las zonas oscuras de su cuerpo.
Pasado el chispazo
él nos regala la mañana
desde sus direcciones.
Papyrus. Bumaga. Amatl. Papel
testimonial en cuatro lenguas,
es decir,
en los puntos cardinales
de su idea.

LA ola marina carga soles sobre sus espaldas;
historias de naufragios y periplos biencumplidos;
transporta los misterios de los ciclos lunares
y voces y asombros que enlazaron cadenas
de realidades a interrogaciones.

La sombra de Afrodita cruza atlántica
bajo la red salobre de un diagrama de plata.
Boga ultramarina una nueva visión de los sentidos.

Arriba, en el cielo oscuro, los números
se ponen a jugar con la varita mágica
a lo relativo y absoluto.

Abajo, al lado de Afrodita,
sobre las espaldas de la ola marina,
la labor amasa su pan
con la aleación de la harina y del azufre.

Nuevos misterios se develan
y otra vez la palabra trabaja
para ponerle nombre a lo creado
y otra vez los actos se reinventan
bajo el dedo todopoderoso de palabras.

El color de la epidermis vuelve a izar
su tonar de oscuros,
se reencuentran en la ruta de la fogata aérea
y florece de signos renovados.

GRANDES ríos de aves,
flores en actividad volcánica,
pájaros que gritan al viento
jeroglíficos que gritan al viento
jeroglíficos sonoros,
árboles de cuyas ramas
cuelgan racimos de panes,
panes amasados con la aleación
de la harina y el azufre
—bajo los párpados
para que la selva no se incendie—
criptográfica cargada
de verdes y bermellones,
de eniros, anabes, anadrios y orojueces,
orlanda con graznidos y buganvillas,
el hombre en el loro
iza el espejo de su oído.
Guanacos y tanagras,
en las del manatí
asisten en su baño
a la lumbré universal,
mientras, Acteón
devora la rabia de sus perros
en la orilla opuesta.

POR las noches,
estrellas y luciérnagas trazan
sobre las horas su caligrafía,
pensamientos y urgencias
se acomodan en la atmósfera
(la sustracción de una mínima pieza
provocaría el derrumbe
de la atmósfera sobre las existencias).

Y crecer la hoguera
el moreno dorso
nacido entre dos ríos,
Mesopotamia de redondos frutos,
predió de la fertilidad del fuego,
danza de las luciérnagas,
astro que se asciende,
que se asciende,
que se escinde
entre el Nilo y el Grijalva,
pirámide de ardientes claves.

BUENOS DÍAS

Río moreno

Electricidad

Carga vibrátil

Obelisco de alas

Torrente iluminado

Perímetro de lo aéreo

Llamado vertical, llama

Manantial de aguas de fuego

Verdad erguida por los sentidos

Canción de pie quemada para el gozo

Escalera que sube hasta la luz del sueño

Espiral de sal que asciende sed de los deseos

Pirámide formada con la obsidiana patria de tu carne

ENTRE el dunia y el vainumio
y el resto de colores nuevos
astilla de vivac su alfomega
y crea la gama de su esperanto
en el que la diosa se disemina
llavizna del diablo.

En medio de un gaorín subido,
celambres lúrdicos la multiplican
para que voznen las más lúbricas
partes de su tiempo.

SE abre,
manto o llovizna sobre la tierra
del flechados, y este flecha,
cintas de sangre tintan el horizonte,
fertilizan los predios y la carne;
se estremecen las selvas,
flecha y sangre,
el ser y su destino
buscan el corazón del aire
para bienrepartirse,
para crear la fuerza que estremezca
los montes y los valles.
Todo se tinta con la sangre
de Afrodita;
de Afrodita no, ya no,
con la sangre de la sangre,
sustancia de la sustancia,
para ser del ser,
energía de la energía,
lumbre de la lumbre,
sin nombre ya, sólo su esencia
convertida en hecho de su hecho,
en hecho de la espiral que se abre
a un nombre nuevo que la impulse
hacia el quehacer del infinito.

Y aquí

Tú,

hija de aquella sangre

y de su flecha,

Tú,

enarbolada en los colores

del yemalos y los aifes,

Tú,

Abecedario del incendio,

lava líquida,

punto tórrido.

POR tus venas resbalan
el Grijalva y el Usumacinta,
cargados con la novedad del día,
penetrando la sudorosa cueva de la noche.
Esta no es la hora
de los hombres de cristal
eran negros pero huyeron del sol,
se cubrieron con las mantas de su espanto,
se taparon con la hoja de Too,
hoja de sal
y fueron perdiendo su color de origen,
y se fueron poniendo blancos,
y más blancos,
hasta volverse transparentes.
Esos hombres ya no salen al aire
porque le tienen miedo,
ya no son negros,
perdieron el color, se destiñeron,
ahora son el cristal y sienten pavor
de que el aire los quiebre.
Por eso es que esta no es la hora
de los hombres de cristal.
Esta es la hora de lama negra
y de la carne tuang,
es la hora de las construcciones,
es la hora del juego,
de la marimba ardiendo.

ABRO la marimba
de páginas cantando
y te cielor
te gozar
a multigozo
en Tapachula
así es el sol
a multihora
abro la marimba desde el índice
y me azul el tiempo
sobre esta piel sin armas
tropicada vegeralísiva
calivástida sohidrófala
jintanjáfora tejida
a puntas de manecillas
después el sol
se hace noche
y tú sigues ahí
listón incandescente
lengua de juego
juego gozo que quema mareas
carne
de la vida y la muerte
de la muerte y la vicia
y la alza y la lanza
hacia todos los mundos
del rumbo
de las llamas.
Se cierran las páginas

de la marimba ardiendo.

Es la hora de las construcciones,
es la hora del juego.

¡Juguemos!

“Si porque a tus plantas ruedo
como un ilota rendido”

la glisa dibuja el nido
y los crevares el miedo.

Deshilzada sobre el dedo

la mirada desentiba,

una recedal cautiva

con los pétalos blisados

y erecta fulgor de ensados

drevada y caritativa.

(breve espacio evocativo)

MUY orondo Girondo

oliverso

urde verso

une verso

universo

univerbo

muy orondo Girondo

en el fondo

del verbo

del verso

del censo

del seno

del celo

del cielo

giro hondo

Girondo

Gir o n DO.

Yo son o soy

mayo.

Arde el son de mayo,

Sus rayos son

Ardor a do

a sí, a mi, a sol,

a sí, a no,

así anón.

Arde el son de mayo

de voz a vos,

de rayo a rayo.

La guanábana es un son,

horno

que prendió el espacio.

Tarde a tarde

arde y arde.

Suena el son en sol.

Arde el son de mayo.

EN

mi

gris

tú

voz

de

luz

y

sal

y

ser

yo

no

soy

tal

sol

en

ti

en

en

mi

soy

sed

Es la hora del juego.
Juega el agua a que es agua,
la tormenta a cargar los corazones,
la noche a la noche,
el mono imita
el triunfo de su descendencia,
un relámpago se ahoga
en la luz de su propia sorpresa.
Todo cruje, palpita y se violenta
con la sangre en llamas.
Los hombres de cristal
permanecen ocultos,
envueltos en la hoja de Too,
cubiertos por la bijaua.
Un estallido de guacamayas
se eleva desatándose del contorno
de luz de savia de pluma de ala
desatándose desatadamente.
Un pájaro se acomoda en el cielo,
el pez en el agua,
los hombres de cristal
en la afasia de su reflejo.
Nosotros vamos acomodando
las cosas en el día
con la pala y el pico de la palabra,
en ella nos sumergimos
para poderla sumergir en nuestros pechos
y volar todos.

LOS hombres de cristal

tienen instalado el corazón en el vacío,
sobre ellos vuelan las aves,
anáforas del viento,
pero a ellos sólo los estremece el miedo.

Tu y yo huyamos de la hoja del Too,
huyamos de la hoja blanca.

No hay escondite para las pasiones,
que nos cubra el sol desde su sombra,
sólido solidario sol líquido,
singular pluralidad que nos fragmenta y une,
y cuando se ajuste la máscara de la noche,
ahí, en su cuerpo de sombra,
nos ardemos para encenderlo nuevamente.

Yo soy tu río solar,
húndete en mí,
deja que mis lenguas recorran
tu verdad quemando,
tu verdad tú,
antonomasia del estremecimiento,
su paradigma.

QUÉ manera de ahogar la soledad
ahogándonos de la vida,
una noche completa llovieron
pájaros de agua sobre la tierra,
al día siguiente había nacido un árbol,
las ramas de este gozo incorporado
eran racimos de sonidos
en los que el sol vibraba.
¿No sientes resbalar sobre tu piel
mis lenguas de agua?
Deja que me pose en las llagas
que te ha dado el astro
antes de que recibas mi débil quemadura.
Ven, acércate, para que te termine
de despertar el día.
Los hombres de cristal
se acostaron a dormir
bajo las hojas de Too,
bajo la mata de Chombo,
hoja de ceniza,
están durmiendo.

DORMIR tan dormir es incómodo;
el sueño tiene una segunda esencia
que hay que encontrar bajo su fondo.
Un buitre cae terrible sobre la tarde.
En el pico curvo,
en las filosas pinzas que lo enfieran,
porta un ramo de harina y azufre.
El rudo vuelo desciende
hasta el centro de los dones.
¿Qué sistema de lectura nos está sugiriendo?

SALE un prisma y el sueño está ahí,
viviendo su vida propia,
su maravilloso castillo de espejos,
ya hay forma, dimensiones, movimiento,
uno se roza con el asombro y crece,
se mira uno desde afuera,
se mide, se carga
y ya con el haz de reflejos en la mano
regresamos nuevamente al corazón de la imagen
como el hielo ha de tornar
al centro de la llama.

SOL, dame tu mujer,
la de los muslos altos,
la de humedades de aromar marino,
tu mujer, la que quema.
Sol, dame tu mujer
que necesito fuego para habitar mi tiempo.
Déjala que baje a los caminos
de esta carne tiritando.
Dame tu mujer
porque me pertenece,
porque soy tus partículas en la tierra,
en mi sangre.
Yo soy tú, ardiendo este frío
que me compone.
Reclamo —partícula de tí—
tu mujer,
mi mujer, para arderla con el fuego,
para que se incendie
con la hoguera que te arrancó del pecho.

AHORA tengo esta astilla que arde
entre las manos,
ahora ardo,
ahora es necesario decir la muerte,
inventarla,
crearla a fuego lento
para que no muramos.
Así, sea.

BAJA el celo

un mentiroso aleteo de ángeles.

Si hay que hablar de alas

existen

mayormente cumplidas

en los vastos talleres del viento.

Todo ángel es espejismo del vacío,

guacamaya sin voz en el paisaje.

CADA día nuestro vuelve a inventar el mundo.

Piedra ¿de qué parte de mi sangre
fuiste construida?

Rama, alcahueta de los pájaros,
¿qué parte de mi páncreas, de mi bíceps eres?

Ah, columpio de oxígeno
que cuelgas mis pulmones en el aire.

¿En que hueco de tu cuerpo me gestaste
agua de río?

Ah, el poder de los poderes,
en sólo nueve meses fui el creador de la naturaleza.

Cada día volvemos a inventar el mundo,
el triunfo del deseo y de su entrega.

Ven, acurrúcate, sola, a la orilla de mi sueño,
palpita, intensa, haz que mi sangre fluya
como torrente erecto,

somos tan solos, tan solos estamos

los creadores del mundo...

vente a mí, en mí, de mí,

multipliquémonos latidos sobre la piel terrena,

¿por qué intentas fugarte

tras el vano espejismo de los ángles?

LA masa con la que están hechos los ángles

Huele a plumas putrefactas

...¿de eso nace el vuelo?

...y luego el salto;

los saurios se convierten en pájaros

para que la tierra vuele

y el vuelo deje de ser sólo

responsabilidad de ángeles.

Las extremidades superiores de lo que reptaba

se hacen alas y se instala en el aire

nuestra longitud terrestre.

En el ave vuelan los ríos del tiempo

y el sexo de los ríos.

MI sed es guitarra
mi alma sed tañendo
la libertad de los caminos.
Pongo mi sed al servicio de la juglaría,
de su verdad sonora.
Pongo mi corazón sobre el polvo que me transita
cantándome las venas, las ansias,
los horizontes devorados por el polvo
sobre el que ando.
Es grande el poder del polvo,
 se cuela, araña hecha añicos,
en las reconditeces,
el polvo se apodera de las hojas,
el camino, se extiende sobre las superficies,
se cuela en los resquicios del día,
se cuela, multiplicándose,
hasta el último rincón de nuestros huesos.
Y nos levanta.
Y anda.

MI sed de guitarra,
mi alma una sed tañendo
la libertad de los caminos.
Pongo mi sed al servicio de la juglaría,
pongo mi corazón en la cuerda
del sol mayor,
del fuego sostenido, mi corazón
que la piedra late
con el ansia de medir el cosmos
desde sus afligidas dimensiones.
Mi sed es guitarra,
es el polvo, es el camino
y lo pongo
—como la música de lo que somos—
al servicio del sueño.

LOS pasos del que canta
se van marcando en el lodo,
lo que canta, en el viento;
las huellas vuelan hacia las direcciones,
los sonidos permanecen marcas profundas
en el aire,
pero a veces también las palabras
de signo adverso,
 como búmeran sonoro
se vuelven contra nuestra saliva.

LAS palabras,
aun las de signo adverso,
las inventa el hombre,
después, aunque éste quiera,
no puede destruirlas
porque terminan adquiriendo vida propia.
Caminan por sí mismas
por el mundo,
entre las cosas;
la única alternativa, entonces,
es sentarse a esperar a que envejecan.

MIS manos frescas
conversan con el frío ardiendo
cristalino y ágil
entre las piedras redondas
esféricas como planetas
mejor suspiros planetarios
poblados de ligas vegetales
y misterios que en su viaje arrastra
el río ardiendo
para alimentar su carne líquida,
el río se estrella en la distancia
el sol se estrella en el pasto.

CUANDO el sol se estrella en el pasto,
después del primer golpe de sorpresa,
las hormigas suben en él,
hacen fiesta sobre el fósforo derretido,
sobre el polvo esparcido del gigante.

¡De prisa!

¡A devorar los fragmentos de tal torso!

HAY nuevos nieves en el viento,
por la tanta insistencia
el viento algún día alcanzará
la perfección.

LA lengua y el cosmos,
esta es la guerra terrible
que sólo morirá cuando mi muerte.
Pero no es cierto,
es encuentro amoroso
que vivo ha de seguir
en los que siguen.

EL mundo está lleno de germen palpitante,
la vida está por nacerse siempre,
es una conflagración de formas.
Si se pisa una piedra no se sabe
si se está pisando una futura sierpe
o una gota de semen
o el vuelo de una mosca
o la escama del viento
o algún beso.
Todo es confluencia de energía
en espera del salto mágico
que se produce un instante después de
la cantidad hechizada.

Y el salto se produce
abierto como la urgencia,
como la herida lasciva donde penetra el día
para dejar su larva de fulgores.
En las geografías de la carne
hay un punto de confluencia
en donde se anudan todos los causes,
los que lubrican las máquinas del tacto,
los que trazan la verticalidad de los suspiros,
los que dan río a los jadeos.
En el salto
se abre la tierra,
sus flores, su energía,
y cada minúsculo estremecimiento
repercute en la lejanía de la estrella.

DEJA que el agua turbia devore al octavo pez
en el quinto día de su calendario.

Tú y yo estamos aquí para hacer el amor desde los cuerpos,
para encenderlo con el roce triunfal de las esencias
sobre este hecho de hojas palpitantes, encima de la hoja de Too.

Tu carne abierta es ahora ofrenda de la diosa, diosa de la carne abierta
donde la vida cabe para pretender de nuevo y para siempre.

Mientras el agua turbia devora
nosotros adoptemos el don de la salamandra,
que a nosotros corresponda ser el alma del fuego que todo vivifica,
su semilla latiendo, su corazón, animal de llama aérea.

Tú y yo, desnudos, en medio del primer círculo,
expandingo nuestro eco luminoso hasta el círculo último
provocado por la estrella que se estrelló en el agua.

Acteón ya devoró a sus perros desde la otra orilla.

AMA tú con la fuerza de la cantidad hechizada
y establece sobre la piel del ave y de la iguana
que cada acto de amor es una historia antigua
apenas por nacer en nuestras manos.

SEGUNDA PARTE

Aquí queda Nacreonte y levanta Tirteo,
pero no a vocear asesinos disfrazados de ardores
nacionales.

También en profesión fraterna se ejercita el fuego.
Ah, la enorme lista de los que han amado, tanto,
hasta convertir su nombre en un carbúnculo
que conmueve y lanza a conquistar el tiempo.
Volvemos el latido a las potencias íntimas,
a los verbos sacudiendo nuestras estructuras,
y ahí, en las entrañas, apuntando su hora,
descubrimos el alma en pie de guerra de Espartacus,
las barricadas filiales de los comuneros,
la ternura de Rosa, los profundos ojos de Emiliano,
uno más otro y otro
hasta hacer el ejercicio por para los que laten,
por para los que creen que siempre habrá un mañana,
una respuesta,
un motivo para ordenar las cosas y los sueños.

Un cuerpo en una cruz, clavado,
es una ofensa al hombre
y lo será y será y seguirá siendo
por el que clava
y el que permite el clavo
y pone a sus verdugos
la otra mejilla de su dolor inmundo.
Un cuerpo así transido es anatema,
sarcasmo para el que empuña
el fuego que construye.
Clavado y clavador serán ceniza.

Retórica anacreónica:

la llama del hecho ahora prende de muerte al enemigo,
no por bandera ni himno alguno,
por el hombre mismo, desde adentro,
en su absoluta dimensión del cosmos.

Habrà que partir de que el hombre fluye de continuo
y que no verá dos veces el espectro de la misma aurora,
porque siendo agua, fuego es antes que todo,
y su combustión
energía tomada de los cuerpos que arden, siempre cambiantes,
calcinados con el fragor del movimiento.

¿Será que de la llama nacen las lenguas del agua
y de las del agua las del alma?

Viento es el alma y en tierra se convertirá,
se hará flor con los pétalos en brasas,
se hará lira y arco,
se hará hombre fluyendo de continuo,
hombre posesionado de su río
que no verá dos veces el espectro de la misma aurora.

Pasa la imagen del amor frente a los ojos y después
uno ya no es el mismo,
nunca más lo será por haber conocido la zozobra, la duda y
el anhelo,

la ira, el despecho y la impotencia,
el odio y la ilusión y la victoria,
todo ello, en un lapso de luz tan solamente.

A tal puño, eficaz granito, es defender
no la simbología de una patria inventariada,
sí la geografía de la sangre,
es defender al hombre desde el hombre mismo,
es devolver al hombre su palabra,
clara y fresca como el vuelo de los pájaros,
fresca y pulcra como la cresta agraz de la mañana,
categórica, como la palabra combate, combustible
para encender los astros.

La lira, solamente la lira, suave, dulce, brava lira,
tensando cielo con su rabiarse de arco,
con su furor, magnífico de azules y rocíos.

Existe un poema. Existe un poema, vivo, como todos los que están escritos sobre las páginas diarias de la vida, idioma renovándose. Es un poema pronunciado por los labios de un líder agrarista mexicano, Emiliano Zapata. Cada vez que la mente se asoma a tal poema hay un estremecimiento de piedra y de estrellas que recorre por el intermedio eje de la carne. ¿Cómo puede ser posible que una sola línea diga tanto a la emoción y a la realidad de la que ésta nace? ¿Qué las ocho letras de la frase alcen al viento el poema más cumplido? Zapata dijo su verdad en la asamblea revolucionaria, la gritó en boca de los suyos, y ese poema nos ha de repetir en los ecos verídicos de la tierra.

He venido a decir que el pueblo existe.

La calle pide voz,

no la anónima voz que se esconde tras el grito.

La calle pide voz, un estallido perfectamente azul

Localizable,

como un derecho que se ejerza, que sacuda y transforme

desde las aristas del día hasta la seda latiendo de la

noche.

La calle es domicilio de fe pública.

La calle pide voz y voto y nuevo horario...

y el brazo hará verdad, lo que la calle pide.

¿**Cuántos** adioses ha de costar la vida?

Cómo nos han diezmado el pan y la sonrisa.

lo que no han de matar es la memoria,

corriente que nos hila y crece.

Democrático Solón, rebelde Maiakovski, camaradísimo Neruda,

codo con codo entre puño y lengua.

¿En qué calibre se puede contener al pueblo? (Mr).

Muchos adioses le han hecho a nuestro cuerpo,

pero nosotros estamos para matar la muerte.

El día en que la muerte muera

¿qué pan devorarán los poderosos?

Es a veces necesario, Arquíloco poeta,
que el escudo se fastidie,
no importa, filo de Paros,
de otro mejor ya nos haremos.

El pueblo es uno, y su valor sagrado,
en cambio,
la pólvora de su enemigo
siempre padece la humedad del miedo.

“Ленин и теиер живее всех жсивых”

Si entre las ropas de un cadáver
florece la letra “Libertad”,
ese puño de arterias desangradas
no está muerto,
sigue siendo el pueblo,
y está ahí para sembrar la tierra.

Todos los pueblos son el pueblo,

he ahí nuestra patria roja y vasta.

“¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Corre, sin miedo, tela mía!”.

El tiempo es el espacio en el que

se desarrolla el hombre

para tomar el cielo por asalto.

“**Los** ojos secos, lúgubres y ardientes,
rechinando los dientes.
se sienta en su telar el tejedor:
tres maldiciones en la tela urdimos;
¡Adelante, adelante el tejedor!”
Heinrich-José y el nuevo escudo de Arquíloco
contra la vesania
y a la carga.

La sombra del polvo, nada serán,
la fuerza,
la enorme fuerza que nos hizo
brotar sobre la tierra, será definitiva.
No descansa la frase, ni el país, ni el ave,
ni el agua cargada de palabras vivas,
el otro es mi poder como yo mismo,
juntos: el río, la memoria,
la voz que camina.

Nadie está solo,
alguien más respira con nuestro propio ritmo
es un punto equidistante de este giro.
Si un brazo se levanta
otro brazo se levanta
otro brazo asciende
en otra parte, al mismo tiempo,
en la misma frecuencia del combate.
No es derecho nuestro la soledad de los cristales,
las torres de los que desfallecen
en la tos de su tristeza intimísima,
doliéndose, lánguidos
por su futura muerte solitaria,
maullido tallado sobre los espejos grises.
No estamos solos.
Nadie está solo.
Nosotros mismos estamos en alguna parte del que lucha,
en su calle, en sus árboles
agitándose con el sur del viento,
en su sol, en su llanura ilímite.
Nada somos para los que nacieron
con la sangre vuelta a la pared
(los que lloran su yo relamido no hacen falta).
El hombre contribuye y no está solo,
ni aun en la agonía,
porque alguien, en ese mismo trance
en otro sitio del gran prisma,
en su compañero.
En un mismo segundo muchos mueren

y son semilla juntos,
y vuelven a ser vida sobre la tierra, juntos.

El puño del trabajo

rayona con espigas el día.

Que nadie atente

contra lo que el trabajo alza.

Que nadie robe

donde los demás se han sembrado,

porque el sol ahora duerme tras los cerros

pero mañana estará

otra vez en punto

a ver cómo van la cosas.

Hechos y acechos se saben a la luz del sol.

todos lo sabemos todo.

Todos los pueblos son el pueblo,
he ahí nuestra patria, roja y vasta.
“¡Adelante, adelante el tejedor!
¡Corre, sin miedo, tela mía!”
El tiempo es el espacio
en el que se desarrolla el hombre
para tomar el cielo por asalto.
Ortografía, ortografía humana
¡De cuánto amor estamos hechos!
y de ansia y de sed y de luz que sabe a tierra.
El vencedor pisará sobre un paisaje
de polvo y de ceniza;
si es el brazo laborante
el verbo crecerá torno a su savia,
a sus arquitecturas;
si no (nula perspectiva)...
polvo y ceniza...

Viajero: has llegado
a la región más transparente de nadie;
del aire y tierra capturados,
de fuego apenas reintegrándose,
de agua humedeciendo este lenguaje.
Mi patria es un islote de jade y carrizales,
donde el tular clava a diario
el cuerpo enrojecido de los amaneceres;
la grandeza inmortal de sus veneros
crece los nombres de los insibiles.
Yo no combato por ella desde esta tinta roja.

Mi patria no es islote.

Por ella combate aquella fiebre endeble
enredada en el pantano de los arrozales;
los silicosis barrenando los pulmones del estaño;
el desterrado, vena abierta,
dando de beber al páramo sediento,
el que tiritita su bocado glacial
con su familia muda como el hielo;
el que recibe plomo sobre la piel en surco,
dura semilla dura que le da la patria;
el que pinta a la encáustica
los muros de los sindicatos;
el que marcha haciendo el mitin;
por ellos combato yo,
por esta vida en punta frente al viento,
por esta mi patria, de jade y carrizales
como un sonido adentro,
donde el tular clava a diario
el cuerpo enrojecido de los amaneceres,
por ella combato desde esta tinta roja.

“¡**Amigos** míos, poneos de pie!
Desamparados están los príncipes,
yo soy Nezahualcóyotl,
soy el cantor,
soy papagayo de gran cabeza”.

Esta es mi patria,
lugar donde los cielos se juntan con las aguas
para atar al mundo
con su mecánica entre brumas, para desatarlo.
La enorme nebulosa cruzada está por líneas,
por caminos, donde transitan astros y cometas,
por donde pasa el sol para ver su trabajo
y para adornar con colores a mixcóatl,
la serpiente de nubes.

Arriba hay otro cielo en donde nacen los colores.
Arriba está la fuente de los colores vivos,
de ahí tomó la patria los cuatro colores que la forman,
que le marcan su espacio desde los cuadrantes,
donde se hace pirámide de trece tiempos,
por los que se baja a la región de sombras.
Los cuatro colores de la patria: blanco,
vientre donde la semilla se hincha,
donde la flor se nace;
negro para designar el norte,
donde asienta la muerte sus oficios;
el azul es el sur, nación de las sementeras;
en el poniente rojo está la casa del sol.
Aquí se vive en el soplo, en el murmullo,
en los anatemas de la pólvora,

en la piel del maíz y su alma encinta
bajo el coletazo aéreo de mixcóatl,
la serpiente de nubes, loma de plateros.

Viajero: has llegado
a la región más transparente de nadie;
del aire y tierra capturados,
de fuego apenas reintegrándose,
de agua humedeciendo este lenguaje,
este sonido palpitando al viento,
sonido que nos vierte en eco,
que nos vuelve sonido
para ser desde el viento y definirlos.

Esta línea es por los ausentes,
nadie permanezca mucho tiempo lejos de su geografía,
pues quien vive lejos de lo suyo
queda marcado para siempre siempre,
con su mitad de vida en una parte
y la otra puesta en la espiral del aire.
En él el tiempo transcurrirá más rápido
pues será dos fuerzas para una misma causa,
la aplicada al cuerpo, maquinaria agrícola
y la que se afana en la memoria de la presencia ausente.
Un día despiertas y te encuentras
conque de pronto una canción, un pensamiento,
cualquier cosa muy tuya, que te diga,
están tocados ya por el polvillo verduzco del recuerdo.
El que se va se lleva consigo
un fragmento de nuestros latidos;
el que regresa, ya no reintegra la fracción tomada,
nos hace en cambio otras extrañas
hasta la soledad de nuestros aeropuertos.
Nadie permanezca tanto tiempo lejos de su geografía.
Esta línea es por los ausentes.

¿**Por** qué?, ¿por quienes
combato desde la sal de mi tinta?
Esta es mi patria;
esta es una forma, un sentido,
algo tangible por lo que se lucha.
Yo soy la patria herrero,
soy la patria partero,
la patria fogonero, poeta de este tiempo,
yo soy este sudor que huele a muerte.
Soy este inmenso sudor bienrepartido
en sacos de henequén, de azúcar,
de cobre y de café,
en sacos de uranio y de petróleo,
de plátano y de plata,
en sacos de sudor infatigable,
en sacos compatriotas
de este sudor que huele a muerte,
pobladores de muelles bulliciosos
que ofrecen renovado carbón a mar.

¿**El** mar? Un libro de agua,
donde caben todos los saberes
y alguna que otra lágrima.

Este amplio territorio
con venas repentinas es la patria
donde caben todos los sabores
y alguna que otra lástima,
hoy, grito de canción sin nombre,
mañana, canto de las cosechas,
canción, en todo caso,
cuerpo de espinas y rebosantes frutos.

La canción surge de la garganta-pueblo,
se pasea por el aire,
toca las disposiciones para el canto y la memoria,
está en el aire,
sube por las serranías,
por el aire,
y enciende las ramas más altas,
desde ahí,
es otra bandera de lumbre en el concierto.

mi fuego

mi canción

Esta es mi patria

mi montaña.

mi hermano

mi hembra.

Barro en el que me hundo noche,
en el que me uno, me urdo, me urno
como canción en lazo con la estrella;
me ha dado lo tierno y lo húmedo
para decir la luz, y el brazo compañero,
para mover el tiempo.

Yo sé que hay el paisaje, la historia
y muchas otras cosas válidas
con las que has establecido tu semántica,
tu significado en el centro del aire
que te modela y dice
en la espalda de la yerba que ágil pisas.
Yo sé que hay la leyenda
como pájaro volando entre las bocas,
la referencia ancestra
tallada en piel de piedras,
las maneras, las costumbres,
el jirón ázimo que el abuelo
del abuelo de tu abuelo
guardó para tus días.
Yo se que el paisaje, la historia,
tantos verbos definatorios,
pero se también que la patria empieza
en el territorio de tu cuerpo.
A partir de tu cuerpo.

Pero luego resulta que no tengo tu cuerpo,
que tú tampoco lo tienes,
que estos
nuestro sol y nuestra tierra
son no nuestros,
que los decretos son adversos.

Tan poderosa, tan germinal

también

la muerte vibra aún por encima de nuestras casas,

adentro de ellas danza,

de entrañas anegadas

por corrientes de silencio

nosotros somos el sonido,

el movimiento.

Los con casa estamos de pie;
la casa es el poder de todo movimiento.
Las casas, nuestra casa, no está vacía,
todos los rumbos caben en un sino;
está llena de sonidos y de fuerza,
está llena del sol que la ilumina
y del frío que hace cierta
la presencia del sol.
Nuestra casa es el mar y la llanura
y lo que en ellos late.
Hemos aprendido, si se apagan las lámparas,
a alumbrarnos con las lenguas
retorcidas de las sombras,
y estamos,
tiempo presente de gramática viva.

El mediodía se asoma por la ventana,
por ella entra a tocar nuestras casas,
nuestros cuerpos, nuestros pensamientos;
enciende cada átomo de la nueva fecha,
nos arregla el traje, las disposiciones,
la savia de los muebles,
el barniz del cuerpo,
nos dice al oído y frente al rostro
el dictado de los deberes altos.
El hombre se sabe entonces leño
que en el pubis, en el torno
y en el arma
ayudará a encender
el nuevo mediodía de mañana.

Cuando el viento nos dice en las ventanas
no da alas,
después,
según el combustible será el vuelo;
nosotros, los de este lado de la sangre
estamos a asumir la ortografía del viento,
lo si no,
es tradición de lesa carne.

La mañana es un niño azul
que con ojos asombrados empieza
a recorrer, húmedo, minucioso,
las sorpresas de la tierra.

El hombre asoma a verse en su arduo espejo
y en su fondo descubre
que cada ser,
prolongación del cosmos,
es una nueva parte de su límite.

Ah, la naturaleza arreglando
las cosas a su conveniencia;
el gallo canta antes de los ruidos claros,
el sexo se erecta bajo las sábanas,
el cerebro se clava en el qué del nuevo día,
animales y pensamientos
son piezas de la enorme maquinaria,
del minucioso mecanismo
que mueve las industrias del futuro,
y ahí estamos, engranaje perfecto
haciendo los hilvanes de las horas.
Buenos días sol, amor, pasión,
deseo, muerte que da vida,
fuego que nos hace y desata en punto,
cumplimiento diurno,
buenos días.

En la memoria del sol
ya habían nuestros nombres:
hombre, barro, madera, anhelo
—y desde antes más—
esculpidos a ardor y fuego vivo.
De esa memoria somos
la lumbre de los verbos enlazados,
por ello cada partícula de nosotros nos quema,
por eso en nuestras manos
anidan amorosos el incendio.
El cerebro es un leño puesto a arder
para que ardan el día, la noche, el agua,
para que ardan el sol y su memoria.

¿**Cómo** podemos describir el rostro
para no seguirnos golpeando contra las paredes?
¿Cuál es el lenguaje capaz de dibujar el cuerpo
aterido entre el hoy y la memoria?
Y no hay hoy, por hoy,
todo es memoria,
desde donde miramos los ojos de mañana,
lo único cierto por incierto,
lo único asible en su inasible juego
porque es abarcarlo todo
sin tener más que el proyecto entre manos;
¿Cuántos son los cadáveres transidos
para darnos la aorta de la que estamos colgando?
Porque somos en la tierra
en esta lucha descomunal por sernos,
por hacernos, florecernos,
deletrearnos,
trabajo en espiral del cuerpo múltiple
cumplido en la presencia polisémica
de aquello que en amor
nos nombra y alza.

El oficio del amor nos salva,
nos toca con signos seculares,
sempiternos,
exuberan los cabellos, las manos,
la garganta, por donde transita
el verbo hacia las ondas.

Con su antigua liturgia designa a la mujer
que arde en su lecho de memorias,
al fraterno encendido sobre el mitin,
lerma del cáliz en los surcos magros,
enfrenta con palcazos su antihistoria,
eleva, enciende, alumbra,
rompe vida, sangre derramada
abriendo mundos.

El oficio del amor nos salva,
aféresis, síncope, apócope,
todas las construcciones
en su puño dulce y crudo.

Si, poeta Bialoszewski,
qué fácil perder la fe;
lo difícil, lo heroico, lo supremo
es no perderla.

Homenaje a César Pavese:

“un día nos despertarán
de una vez para siempre”.

Pero entonces, también entonces,
tomaremos la palabra,
y la haremos que trabaje
hasta hacer el sueño.

El deseo más fuego
es que la libertad
pueda desplazarse
cuando quiera
desde los senos
de la luz
hasta el vientre
de los atardeceres

El sol iza la piel de la mañana,
¿desde quiénes nos quema este reloj preciso?
¿en quiénes nos hallará de pie y de rojo?,
¿quiénes dentro de muchos años
caminarán estos afanes nuestros?
¿de quiénes fueron estas calles que hoy transito?
Las suelas y este sol son hilos de coser,
hílván de predicados que hacen arder el verbo,
No se en qué puño se alzaré mi puño
enteramente vivo en esa hora.
Cada hijo es abuelo de su padre,
por eso lleva en las manos
la curva de la vara joven.
¿En qué pupilas mirarán las mías?
Hay que hacer la canción desde esta hora,
pubis de seda,
después, suave matriz de bronco fruto dulce;
hay que hacer la canción,
sintaxis, nuestra forma,
prosodia en alto de nuestro sonido.
Hay que hacer lenguaje la canción desde esta hora,
desde esa hora
en la que inventaron este signo,
¿quién inventará mañana este latido?
ahí estaremos, de nuevo, para entonces,
entonces, desde entonces,
levantando el rostro y nuestro himno.
Ahí estuvimos.